

GLOSAS Y COMENTARIOS

LOS SUBURBIOS

SUMARIO: 1. *La Semana de Barcelona.*—2. *Números: el 12 % de la población de Barcelona, unos 177.000 habitantes, vive inadecuadamente en los suburbios.*—3. *Causas y soluciones: son de dimensiones nacionales; la emigración interna.*—4. *Adaptación de los emigrantes: barrios y no suburbios.*—5. *Servicios asistenciales.*—6. *Servicios culturales y profesionales. El «maestro de suburbios».*—7. *Apostolado. Más presencia de sacerdotes y religiosos.*

1. *Semana de Barcelona.*—En febrero del año que termina se celebró la Semana del Suburbio en Barcelona. Las ponencias y coloquios de la misma han aparecido bajo el título *Los Suburbios, 1957*. Ya se ve que llegaría demasiado tarde una crónica de la Semana —con todo el interés que supondría el recoger el ambiente, la viveza del coloquio, la oportunidad del momento—; pero puede resultar aleccionador un reflejo de alguna de las lecciones de los teóricos, enriquecida con las observaciones de cuantos viven la realidad y tienen la madura ciencia experimental. La importancia sociológica del asunto pide algo más que mera referencia bibliográfica para nuestros lectores.

Seis meses antes de la celebración hizo la convocatoria el Prelado; en ella se fijaban los objetivos de la Semana: a) Obtener relación la más completa y, desde luego, la más fiel posible de las necesidades de orden religioso, moral y cultural-educacional, y, en cuanto afecta a la Iglesia, también de orden material, económico, sanitario, etc. b) Recuento verídico y objetivo de lo que en estos aspectos se trabaja actualmente. Métodos empleados, éxitos logrados y defectos que se han notado. c) Estudio de medios y obtención de recursos para resolver íntegramente el problema suburbial.

Claro el fin, abarcados todos los aspectos, y lanzada y recogida la orden de trabajo, se difundieron encuestas, se fijó y encargó el temario encerrando al suburbio en el cerco de su problema social, su alcance psicológico y la aportación para su remedio o su atenuación. Como diría el Sr. Udina al finalizar la Semana: «Se ha estudiado el suburbio, principalmente, como sangre que afluye nueva, incesantemente, a la vida de nuestra gran urbe; como cinturón que nos rodea, cinturón de miseria, de tragedias pequeñas y grandes, tragedias humanas, sociales y familiares; como una garantía y seguridad de la continuidad de la pujanza económica y social de Barcelona.

Pero mirarlo así, únicamente, no vale la pena. Estudiarlo como parte doliente del cuerpo social barcelonés es lo que precisa».

En el Prefacio de la Memoria se adelanta, con cierto aire de desenfado, que lo más interesante de la Semana no fué «el hacer un simple recuento lastimero de la deficiente situación suburbial para llegar a la conclusión archisabida de abogar por más escuelas, más templos y más viviendas (¡no sería poco fruto verlo realizado!), sino ahondar en todos sus problemas desde buenas perspectivas sociológicas y psicológicas, con el fin de hallar mejores principios de solución». Y todavía: «Se intentó hacer labor de médico, y no de curandero: ir a las causas y a los más eficaces remedios de la difícil situación suburbial...» No es represensible el rudimentario adelantarse del curandero a restañar la herida, cuando se carece de médico; y puede que la voz de alarma del que narra la existencia del mal y la gesta del curandero con años de antelación haya sacado del tranquilo «far niente» a... quienes, después de una labor agotadora de los «adelantados» y gracias a ellos, pueden «ir al estudio de las causas y a los más eficaces remedios».

2. *Números.*—Su mera enunciación marca con relieve ese cinturón, si no rojo, sí gris, «ceniza de una gran hoguera». 177.000 suburbianos no es cifra despreciable: el 12 por 100 del total de la población barcelonesa. De ellos, 66.000 viven en 12.494 barracas; 46.298 en bloques aislados de viviendas; 6.477 en pisos; y el resto, unas 63.000 personas, en zonas más o menos urbanizadas.

No ha nacido en nuestros días el suburbio. Ya en 1853 hay una llamada del Ministerio de la Gobernación para que los Ayuntamientos construyan viviendas en favor de los pobres. Tiene un notable desarrollo por los años 1919 y siguientes. En los seis años a partir de 1919 creció Barcelona en 149.000 habitantes; más que en los veinte años precedentes. La inquietud y alarma de 1929 fué grande cuando se dió la cifra de 6.478 barracas diseminadas por Montjuich, Hostafranch, Barceloneta, Horta, San Andrés.

En los cinco años siguientes queda estacionario el número; es anormal el período de 1936-39, para volcarse en los 12 siguientes, con un promedio de arribada de 18.695 al año, llegando en el último quinquenio al promedio de 25.246. En 1954 creció Barcelona en 30.000, la población de Toledo; en 1955, en 40.000, la población de Cáceres; en 1956, en 39.568, la de Segovia.

Por eso, Barcelona, que en 1920 contaba con 710.335 habitantes, a fines de 1956 había llegado a 1.431.735, duplicando su población en solos 35 años. Y con Barcelona crecieron las próximas poblaciones satélites (sin alcanzar a Sabadell, Tarrasa), pasando de 26.000 h. en 1900, a 201.895 en 1956.

Noblemente se reconoce el hecho como una lacra de la ciudad condal; porque existen y porque se les ha dejado en el ostracismo: «hay dos ciudades: "ellos" y "nosotros"» (Udina). El reconocimiento del mal es un paso importante hacia su remedio; «el propio contentamiento —dice con razón Gracián— entretiene el gusto, pero no fomenta el crédito».

Y con el reconocimiento del hecho, las razones que, de parte de los inmigrantes, lo justifican o atenúan; de parte de la ciudad de término, obliga a recibirlos bien: las deficiencias de la vida del campo en algunas regiones y la baja natalidad de Barcelona. Desde principios de siglo ha ido descendiendo ésta, de 24,98 nacimientos por mil h., a 14,47, ocupando el puesto 45 de las capitales españolas; casi al mismo nivel, algunas inferior, han descendido las otras capitales catalanas. Y en cambio las regiones de emigración poseen índices altos de natalidad: Almería, Jaén, Córdoba, Granada, oscilan entre 24 y 28 nacidos, por mil habitantes. Haciendo una discriminación de la naturaleza de los padres de los nacidos en Barcelona durante 1955, se observa que de los 22.423 nacimientos, sólo 9.135, o sea un 40 por 100, son de padre y madre catalanes.

Argumenta el Ilmo. Sr. Joaniquet, reforzado por el Sr. Caralt: «de ahí que en un estudio estadístico hecho por Dantin se concluya que si Barcelona no recibiese inmigrantes en un periodo de 80 años, periodo insignificante en la vida de un pueblo y en la historia de las ideas políticas y económicas, nuestras industrias y factorías quedarían paralizadas. Que no olviden esto los pocos irresponsables que a veces hablan despectivamente de los murcianos, castellanos y andaluces. Ellos aportan su sudor y su esfuerzo a la grandeza de nuestra región y a su prosperidad económica; y esta ciudad no sólo tiene el deber de amar y preocuparse de sus hermanos los inmigrantes por un deber de solidaridad social y de hermandad que debe existir entre todos los cristianos de la Comunidad hispánica, sino por su propio instinto de conservación». Por lo tanto, hay que concluir que «en líneas generales, en Barcelona ha sido saludable la inmigración». Pero que no exista sólo esa mirada egoísta, porque entonces se daría la manifestación categórica de desorientación que dolorosamente señala el Sr. Udina: «es un atentado contra la base social de los suburbios el olvido del hombre por atender a la producción. Vienen masas ingentes a poblar nuestra ciudad, a fortalecer nuestra pujanza, y se piensa más que en que son hombres, en que son mano de obra. Y, no obstante, son mucho más: son precisamente *hombres*».

Como una apostilla, una observación de alguno: No todos los que llegan a Barcelona son necesitados; algunos son comerciantes, industriales que no crean problema y cooperan a la vida económica. Y los necesitados no piden limosna; piden trabajo y hogar.

3. *Causas. Soluciones.*—El problema está planteado. Se nos ofrecía en el Prefacio la competencia del Doctor; en el diagnóstico y en la aplicación del remedio, creemos. Veamos.

Insistimos en admirar la valentía y sinceridad de los semanistas para acusar fallos y reconocer derechos y obligaciones; por ejemplo, el *derecho a la emigración* y los contrafuertes que le prestan su apoyo. El derecho a la inmigración es natural porque deriva del derecho de ganarse el sustento allí donde haya posibilidades de lograrlo; reconocido por el Fuero de los Es-

pañoles al decir en su artículo 14 que los españoles tienen derecho a fijar libremente su residencia en el territorio nacional.

Estudiado el punto de origen de los emigrantes, de muchos de ellos, se demuestra que la emigración no es un capricho; tiene sus causas y obedece a una estructura económica de España. Por encima de la potencia del resplandor de las luces de la ciudad empujan avasalladoras las causas de orden demográfico y económico. Es la necesidad imperiosa de alimentar el cuerpo, que tiene su correlativa en la libertad de buscar el sustento donde se halla y de fijar la residencia donde se encuentren los medios para trabajar y vivir, como un atributo irrefutable.

Si las autoridades locales pueden exigir carta de la autoridad de origen del inmigrante, el reenvío puro y simple a los pueblos de origen de las familias inmigrantes no puede constituir una solución a ese pavoroso problema que tiene sus profundas raíces en la estructura económica de España. «Todo lo que no sea rectificar ésta, no será otra cosa que un remedio insignificante y esporádico, porque el instinto de conservación de la vida no puede eliminarse con medidas coercitivas. Cuadra aquí con precisión la frase de Mons. Antoniutti: «Los hombres sin tierra tienen derecho a la tierra sin hombres», o lo que es igual a los puestos vacantes de Cataluña merced a su espíritu creador y al bajo nivel de su natalidad. Que no se escandalicen los románticos que todavía suspiran por viejos e inefables ideales y por una pureza de raza nada concorde ni con el cristianismo mismo ni con el tradicional derecho español» (Joaniquet). No creemos anotado como motivo de orgullo, sino de pena, lo que subraya uno de los ponentes: la fuerza enorme asimiladora de Cataluña, precisamente allí donde la advierte; los inmigrantes, dice, ya en la primera generación son más catalanistas que los catalanes puros, y así ha podido darse el caso de que alguno de los adalides del catalanismo más avanzado haya llevado en sus venas sangre de la Mancha o Andalucía. Esto denotaría, decimos, la erupción de una amargura represada o la fuerza propagandística de los excesivamente regionalistas.

Se afirma, razonablemente, que el derecho natural a la emigración viene condicionado por la capacidad de satisfacerlo en el punto escogido como destino; de lo contrario, ni los inmigrantes lograrían ventaja y aumentarían el mal económico o social del sitio elegido. Esto mismo se confirma mirado desde el punto de vista del bien común: se necesita un control de la migración no orientado ni regido por razones de orden político, sino por razones de orden humano. Porque puede suceder que no todos los que inmigren lo hagan acuciados por el deseo, tan humano, de ganarse la vida honradamente, sino tan sólo para alcanzar una vida que ellos imaginan llena de comodidades (cine, radio, bien vestir...), como si el lugar que han escogido como meta fuera una nueva Jauja. «Por todo ello hemos de concluir que el problema de los suburbios es un problema no sólo ciudadano, sino nacional, porque deriva de la misma estructura económica de España y de la política económica del Estado.»

4. *Adaptación.*—De amplia y simpática comprensión resulta la ponencia de S. Pereña: «La adaptación del emigrante». Ante los problemas ingentes que plantea el emigrante —políticos, económicos, urbanísticos, sociales, religiosos—, la falta de comprensión y de caridad de los que llegan y de los residentes empeora las cosas. Hasta tal punto que lo que pudiera y debiera ser un refuerzo y una revitalización del organismo social puede convertirse fácilmente en una especie de cuerpo extraño, debilitador, posible causa de nuevas enfermedades. Referirnos a la adaptación del emigrante es buscar la solución a este problema. Se requiere toda una actitud inteligente, reflexiva, «apostólica» en el más profundo y amplio sentido de la palabra, fundamentada como en roca firme, en la caridad. Aquel «como a ti mismo» del Evangelio no significa nada, o significa que cuando vemos a un ser humano en circunstancias o condición que no quisiéramos para nosotros, no tenemos derecho a dormir tranquilos mientras no hayamos realizado todos los esfuerzos humanamente posibles para sustraerle a aquellas circunstancias o a aquella condición.

Caridad que es adivinadora y se adentra para conocer la psicología del inmigrante, a menudo un inadaptado, disconforme con la sociedad y resentido frecuentemente con razones de peso para estar así. Con economía débil y cultura deficitaria, arrastrando un lastre así, de familia, teniendo como herencia la amargura, y con una perspectiva cerrada que le roba la esperanza; de ahí a la desesperación hay muy corto trecho. Si en lugar de comprensión y acercamiento ve, para engendrar mayor cantidad de envidia y odio, el desafío a su pobreza en el derroche de lujo, nada tiene de particular que llegue a desear cambios radicales y revolucionarios para destrozor una sociedad que tan mal le trata.

Toda adaptación a un nuevo medio es penosa, aun realizada en buenas condiciones morales y económicas; realizada como hemos descrito, desmoraliza por completo. Necesita, por eso, una gran comprensión, no conmisericordia; él dejó «lo suyo» y, aun casi sin querer, sigue amándolo; desprecio, o mera indiferencia para todo ello, no es el paso de acercamiento.

Se adaptará el inmigrante más fácilmente a la vida ciudadana si encuentra, no el deshecho de la vivienda, no el verse arrojado por las olas de la vida como suciedad a la orilla, cinturón gris, apagado y frío, del centro de la capital rica y deslumbradora (con cuevas, barracas y chavolas es imposible la tranquilidad y la satisfacción de la paz social), sino el verse, aunque alejado del centro, porque llegó más tarde, en un barrio trazado inteligentemente, pensando en la dignidad de la persona humana, no en el deshecho de la vida. Un barrio es la ciudad hecha a la escala del hombre; tiene un valor afectivo: «mi calle», «mi barrio». Las autoridades, los técnicos, los sociólogos deben intervenir para el trazado y la configuración; no puede haber descanso mientras sufran miembros del organismo social; debe doler el malestar de cualquier miembro por alejado que esté del centro vital. Dimensiones óptimas del barrio: ni debe tener menos de 500 habitantes ni sobrepasar de los 5 a los 8.000. Sociológica, psicológica y artísticamente debe

darse una solución, evitando bloques ingentes, uniformes, que pesan con su monotonía y atipismo, en lo material; como deben evitarse los barrios de una única condición social: sabrían a desplazamiento. Y debe darse facilidad para la satisfacción de necesidades religiosas, culturales, recreativas, deportivas, comerciales, sanitarias...

El mejor ensayo que se ha hecho en este sentido, en Barcelona, lo realizaron las viviendas del Congreso; precisamente se establecieron porcentajes en cuanto a profesiones, que presentaron el cuadro siguiente: obreros no cualificados, 20 por 100; cualificados, 30 por 100; administrativos, 30 por 100; subalternos, 5 por 100; funcionarios, 4 por 100; profesiones liberales, 4 por 100, e independientes, 4 por 100. En cuanto a procedencia, se estableció la proporción: 50 por 100 barceloneses, 30 por 100 con más de 15 años de residencia, y 20 por 100 con menos de 15 años de residencia. Así se han formado barrios netamente barceloneses, evitando las características raciales distintas» (Sr. Soteras).

Esto será posible si por una vez, al menos, con mirada previsor, se piensa en la expansión obligada y va por delante el proyecto antes que comiencen a pulular las barracas o chavolas; componer el barrio antes de empezar a edificar; en ello trabaja la Comisión de Urbanismo, elegidos los primeros seis polígonos.

5. *Servicios asistenciales.*—Sobre los Servicios asistenciales hay Conclusiones muy precisas: a) Es necesario tener un conocimiento exacto de la realidad para poder actuar con eficacia: estadística, ficheros... b) Hay que encargar esa labor de estudio a equipos asesorados por Asistentes Sociales; el Asistente Social debe ser el centro de la labor asistencial en los suburbios. c) Debe darse prelación a los problemas fundamentales: combatir la ignorancia antes que la miseria; porque es de mayor rendimiento, ya que facilita la liberación de la miseria; preferir la solución de problemas higiénicos a estrictamente sanitarios. d) Los colaboradores regulares de estas obras deben estar suficientemente retribuidos; ni improvisación, ni sólo buena voluntad. e) Deben organizarse cursos de divulgación de lo que debe ser la Asistencia Social. f) No involucrar el Apostolado con la Asistencia.

Puede ser de trascendencia la fundación de Cooperativas, pero formando antes cooperativistas, principalmente a las mujeres, para que acudan a la cooperativa apreciando sus ventajas; de otro modo fracasaría la cooperativa mejor montada...

6. *Servicios culturales y profesionales.*—«El que esté libre de culpa tire la primera piedra», dice retador el Sr. García Ortega, considerando los fallos en el problema de la educación y formación cultural de los niños y adolescentes del suburbio. Permite, con todo, lanzar la piedra contra el lago tranquilo del intrascendente y despreocupado dulce bienestar de la ciudad a los párrocos y religiosos de suburbios que, con pocos medios económicos, afrontaron el problema necesariamente de modo insuficiente. Se reconoce el alcance de la labor del Patronato Escolar de suburbios, que actualmente

ha creado 39 Escuelas para 1.500 niños; y la ayuda recibida del Ministerio en el último año: dos millones de pesetas. La pedrada va contra los dirigentes de la economía barcelonesa, que debían colaborar. Los inmigrantes sostienen con su trabajo y esfuerzo la economía barcelonesa; justo es que ella, en sus diversos estamentos sociales y económicos, se interese por la educación y formación de los hijos de quienes los brazos y aun las mentes son el sostén de su pujante rendimiento; y los hijos, el día de mañana, continuarán la labor necesaria de sus padres.

De los 25.000 escolares en suburbios, 12.500 quedan sin escuela. Levantar Escuelas y poner en ellas a *Maestros de suburbios*; de vocación sincera; que sientan su misión con auténtico espíritu de apostolado; entregándose a él con miras muy altas; no derrumbándose ante la miseria material, cultural y moral del barrio, sino orgullosos de saber que pesa sobre sus hombros el trascendental cometido de levantarlo. Maestro que sepa asomarse y volcarse más allá de los muros de la Escuela; ha de conocer y tratar a las familias, aconsejarlas y aun realizar entre ellas la labor de Visitadores Sociales; ¿quién como ellos para entrar sin recelo en las casas de sus alumnos?

La Escuela del suburbio, dada su psicología y su economía, debe tener los servicios complementarios de Roperos, Colonias, Comedores, Bibliotecas. Y con mirada más social aún, la solución al problema de los niños que cumplen los 12 años. La escolaridad obligatoria termina en esa edad; el ingreso legal en el mundo laboral no comienza hasta los 14 años; la pereza del niño, el interés egoísta de los padres, el aliciente de ganar unas pesetas en el chaval, incluso para poder retener una pequeña parte para «vicios», hace que, o vagabundeen lamentablemente, tirando hacia el fatal «gamberismo», o se coloquen, contra la ley, en talleres, despachos, como botones, recadistas... ¿Remedio? Las Escuelas de o con Preaprendizaje, o Escuelas de Iniciación Profesional que funcionan en varias Escuelas Nacionales y privadas. En ocho de estas Escuelas hay ese complemento, en Barcelona, además de la fundación «Talleres de Nazaret».

Escuelas Profesionales.—Unos 10.000 jóvenes y 5.000 chicas se forman en las 27 Escuelas Profesionales de Barcelona. Se necesitan bastantes más. Hay 40.000 muchachos necesitados de Formación Profesional; matriculados solamente 9.000; quedan, por lo tanto, 31.000 que *no quieren o no pueden* recibir esa formación. Y si tenemos en cuenta que de los 9.000 citados hay cerca de un millar que son mayores de 20 años, jóvenes que al darse cuenta de su problema acuden a capacitarse mejor para la vida, nos hallamos con que muchachos de 14 a 18 años quedan sin formación unos 32.000 (P. Torres).

No quieren o no pueden. Es importante el primer miembro de la disyuntiva. Al principio de curso faltan locales; pero van quedando en el camino muchos a lo largo del curso; son pocos relativamente los que terminan: por falta de aptitud, de aplicación, por sobra de indolencia. Un

25 por 100 lo dejan en el primer trimestre, por estos motivos. Hay que formar a los jóvenes, y a los padres, para que sepan o hagan saber apreciar lo que esto significa para el mañana; prepararles en las Escuelas pre-profesionales, entre otras cosas, para que no comiencen con un complejo que les desanime a las primeras de cambio.

La labor religiosa puede y debe hacerse en tales centros, con verdadera ilusión, no sólo en los dirigidos por religiosos, sino también en los de seculares. En ellos no se cumple dando a la Religión la categoría de asignatura; la religión debe hacerse *sentir*; de otro modo se mirará con todos los inconvenientes de una asignatura más; y si el Profesor por incompetencia pedagógica, o falta de entrega, no convence, es mayor el daño que el provecho. Si además se logra infundir en ellos métodos de apostolado en sentido horizontal, entre sus compañeros, la labor tendrá el complemento que debe anhelar todo educador religioso.

7. *Apostolado*.—Las Encuestas realizadas previamente a la Semana están resumidas en una intervención del Rvdo. Doucastella. Dan puntos de vista interesantes sobre la eficacia o ineficacia de algunos métodos de apostolado.

Por las Encuestas se deduce que los seculares esperan de los sacerdotes y religiosos mayor número trabajando en suburbios; mayor coordinación de esfuerzos; mayor ayuda económica y moral de las parroquias del centro de la capital. Barcelona crece por año tanto como es la población de Mataró; esta población cuenta con 215 personas, sacerdotes y religiosos, trabajando en su apostolado. En Barcelona, para atender las necesidades que crea el aumento, o la erección de barriadas como Verdún-Trinidad, con una población como la de Mataró, sólo cuenta con tres sacerdotes.

Importancia de que los sacerdotes destinados a suburbios respondan a sus exigencias; exigencias propias del proceso de formación en que éstos se encuentran, como «en edad de adolescentes»; dinamismo, ya que es mucha y muy varia la labor que hay que desarrollar y que requiere movimiento continuo y rápido; adaptabilidad al nuevo ambiente; entrega total y sin regateos, que predispone a los sacrificios corporales indispensables; competencia pastoral; más exigible, si cabe, en estas zonas de suburbio que en la vida ciudadana por lo mucho que destaca la figura del párroco y la parroquia; dotes humanas de simpatía y personalidad; hábito de reflexión sociológica; frecuentes contactos sacerdotales, trabajando en equipo. Añadiríamos que se mediten también las condiciones que marca, tan atinadamente, Pío XI al hablar de los sacerdotes en semejantes puestos. No han envejecido.

Sentido «misionero» de las parroquias de suburbios; es decir, no dar por supuesto lo que no existe; empezar por el rudimentario enseñar lo esencial, porque nunca lo han sabido o lo han olvidado. Y creación de Asociaciones apostólicas dentro del mismo suburbio.

Hay en la ponencia como una preocupación que le domina. «¿Dónde está el testimonio evangélico que la presencia de los Religiosos podría aportarles?» En efecto, sacerdotes y religiosos deben intensificar su actuación suburbial y fomentar su residencia permanente; a las órdenes del Prelado y con las normas que éste les trace: en la actuación general, en las Asociaciones religiosas, en los métodos de apostolado y captación, con la rica variedad que el Papa quiere en los tiempos actuales, porque todo es «hacer obra de Iglesia».

La catequesis tiene un matiz olvidado. Bien que se insista en remozar las exitentes, en preparar a los catequistas, moral y pedagógicamente; pero ¿cómo atraer a los mayores? ¿Cómo prolongar eficazmente la formación de los adultos? Porque si no, se evapora todo el fruto anterior. Ya es hora de entregarse a meditar, con conciencia de responsabilidad en esto. Bien hacen los religiosos, trabajando directa o indirectamente en suburbios, con sus Congregantes, colegiales; la labor entre los niños es magnífica, y también entre los catequistas, por ese contacto. Pero ... la Encuesta religiosa realizada en los suburbios ha dado porcentajes aterradores: si la asistencia a Misa dominical es de 2 a un 16 por 100, la de hombres es de un 0,3 a un 3,5 por 100. La vida sacramental viene significada por un 0,5, un 0,6, un 5,5 y un 7,3 por 100. Impresionante; ¿qué hacer? Ahí queda la pregunta. Que encuentre eco en las conciencias de todos.

«Barcelona ya vive de espaldas a cosas demasiado importantes para su desarrollo para que adopte la misma actitud ante el problema suburbial. Es preciso dar solución a tan diversos problemas. Barcelona posee suficiente vigor y catolicidad práctica para solucionarlos. Así lo exige no sólo el propio bienestar de la ciudad, sino también la caridad cristiana» (pág. 13). Y sería una lección extraordinariamente provechosa que necesitan con urgencia otras muchas ciudades.

F. DEL VALLE, S. I.